

# La Santa María onettiana y la banda oriental

Óscar Mata

CIERTA OCASIÓN JUAN CARLOS ONETTI declaró que había tomado a la ciudad de Paraná como base para la creación de Santa María, la primera de las tres urbes emblemáticas de la literatura latinoamericana. Situada a poco más de seiscientos kilómetros tanto de Buenos Aires como de Montevideo, Paraná es la capital de la provincia argentina de Entre Ríos, una verdadera isla en tierra firme, ya que está completamente rodeada de ríos, situación que le causó cierto aislamiento, pues por muchos años acceder a ella sólo era posible por barca. Acaso por ello el estilo arquitectónico de sus monumentos es más tradicional que el de su vecina Santa Fe y sus pobladores son —a decir del autor de *La vida breve*— los uruguayos de Argentina, más preocupados por los aspectos interiores que por los formalismos. Justo a la mitad del siglo xx Onetti era un oriental que vivía en la otra banda del Río de la Plata, buscando fortuna en Buenos Aires, y la amabilidad de los entrerrianos debió hacerlo sentirse como en casa. Su personaje Juan María Brausen guarda gratos recuerdos de esa provincia, pues ahí fue feliz todo un día “sin ninguna razón”.

Empedernido lector de Juan Carlos Onetti, he tenido la oportunidad de visitar la ciudad de Paraná en dos ocasiones: la primera antes de saber su importancia en la creación de Santa María. En ambas advertí el encanto de esa población, situada justo en el centro de la pampa húmeda; y, durante mi segunda visita, con muy poco de imaginación pude deambular por la mayoría de los lugares frecuentados por los personajes de la saga sanmariana. Paraná es una señorial capital de provincia, con poco más de doscientos mil habitantes—Onetti debió conocerla antes de 1950, cuando tendría menos de la mitad. Domina su plaza principal el

monumento a Justo José de San Martín, el libertador. Su catedral es blanca, con tres cúpulas celestes; a sus costados se ubican sendos colegios de religiosos y en una esquina se asoma el edificio de la municipalidad. La sede del gobierno provincial es la antigua casa de Urquiza, el prócer vencedor del tirano Rosas. La inmensa mayoría de las calles están llenas de árboles; en los barrios ricos las casas tienen techos de dos aguas y un pequeño jardín al frente; en los barrios pobres las calles son de terracería, pero no se ve suciedad ni hacinamientos.

La ciudad, emplazada a treinta metros sobre el nivel del río Paraná, lo que le permite recibir a plenitud la brisa, cuenta con un balneario municipal, un hipódromo, un campo de beisbol y un casino, así como varios parques públicos. Uno de ellos, el Parque Urquiza, es un espléndido balcón al río y a la magnificencia de la pampa. Vista desde el embarcadero santafesino, donde antaño partía la barca que hacía el recorrido Santa Fe-Paraná y viceversa, viaje que Juan Carlos Onetti realizó al menos una vez, la capital entrerriana da la impresión de flotar sobre el lecho del río, pues se halla emplazada sobre una colina, una elevación extraña en la plana inmensidad que la rodea. El viajero que se acerca a Paraná tiene que dirigir la vista hacia arriba para contemplarla, mientras se acerca a una ciudad que parece de cuento, ubicada por encima de la realidad.

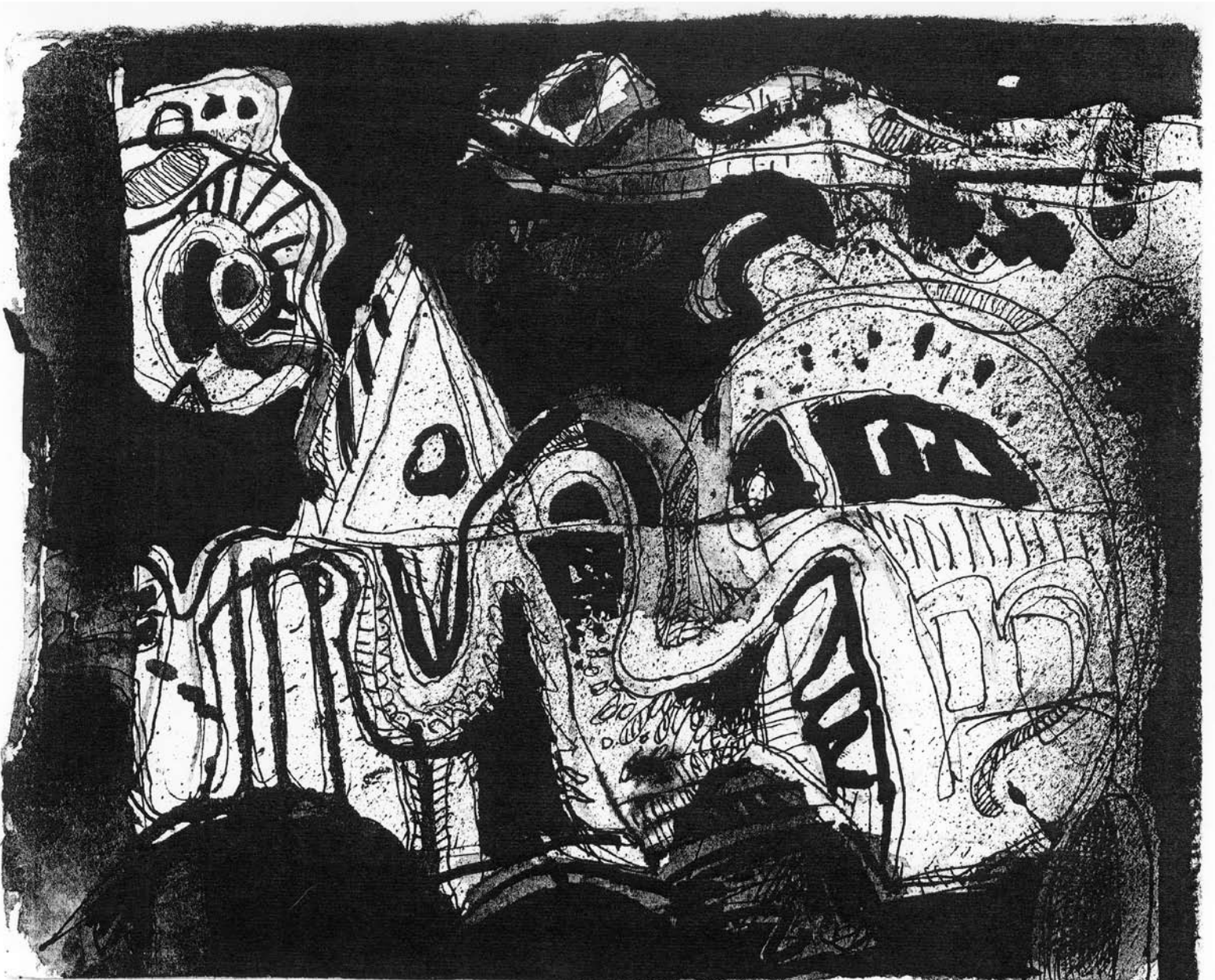
En efecto, la ciudad de Paraná, que en alguna época perteneció a la República Oriental del Uruguay, bien puede ser el modelo principal de Santa María, esa urbe anidada por el caudaloso río, pero no el único. Para la creación de su mítica ciudad Onetti debió de tener en cuenta elementos del país que lo vio nacer. En una reciente visita a tierras

charrúas pude notar que ciertos elementos de la Santa María ideada por Juan María Brausen provienen de la banda oriental del Río de la Plata. Entonces, al de Paraná habría que agregar los nombres de dos ciudades uruguayas: Colonia y Montevideo.

Colonia do Sacramento fue el primer asentamiento europeo en la banda oriental del Río de la Plata. La fundación de la ciudad fue obra de portugueses, pero los españoles les disputaron y arrebataron el dominio de la misma en varias ocasiones, debido a su ubicación estratégica, ya que desde ese punto se puede controlar la navegación en el Río de la Plata. Colonia era una señora urbe con catedral, muralla, bastiones, prostíbulos y trata de esclavos cuando Montevideo no existía y Buenos Aires no pasaba de ser un puñado de ranchos –léase casuchas. En la actualidad su

barrio histórico ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y vive del turismo. Un recorrido por la ciudad muestra que conoció tiempos mejores y en sus terrenos se levantaron obras monumentales, como una impresionante plaza de toros, donde se lidiaban bureles llevados desde la península ibérica; o un enorme frontón, sede de campeonatos mundiales, que congregaban a los mejores pelotaris del orbe. Desde hace muchos años el coso taurino está abandonado y en el frontón apenas hay actividad, como si se tratara de un astillero invadido por la herrumbe.

Buenos Aires y Colonia están asentadas una justo enfrente de la otra, en ambas orillas del Río de la Plata. Un aliscafo recorre la distancia que las separa en menos de una hora. Durante el día desde la costanera oriental se pueden



mel 2006

distinguir con toda claridad las siluetas de los más altos edificios bonaerenses y por las noches desde una ciudad es posible contemplar las luces, el resplandor de la otra. No pasa una noche sin que, desde cada banda, miles de ojos se dirijan hacia la luminosidad que surge más allá del caudaloso río. Juan Carlos Onetti, ese desesperanzado de las dos orillas, tuvo ambas visiones. En la banda oriental contempló las luces de Buenos Aires, la antigua Nuestra Señora del Buen Ayre, como la tierra prometida, la ciudad donde se convertiría en todo un señor escritor. Desde la costanera bonaerense, este uruguayo, tan parecido y tan diferente a los porteños argentinos, contempló el resplandor de su patria al otro lado del río, al final de la mirada, tan cerca y sin embargo tan lejos, como la realidad de la imaginación y el deseo.

La primera mención a Santa María, en el segundo capítulo de *La vida breve*, dice así: “una pequeña ciudad colocada entre un río y una colonia de labradores”. Más adelante nos enteramos que esta colonia es de inmigrantes suizos. En la provincia de Entre Ríos, cuya principal actividad es la agricultura, hay una importante colonia suiza; en la banda oriental, a pocos kilómetros de Colonia, camino a Montevideo, como un guiño de ojo a los lectores de Onetti, aparece un pueblito llamado Nueva Helvetia, todo pulcro y perfectamente bien edificado, con casas blancas y habitantes rubios.

Si uno llega a Montevideo en busca de la capital de un próspero país que algún día se ostentó como un paraíso de igualdad social y fue llamado La Suiza de América, sufrirá una decepción. Montevideo tuvo su época de esplendor allá lejos y hace tiempo, en la década de 1930, cuando se enorgullecía de poseer el edificio más alto de América del Sur y los más preciosos ejemplos de art deco del cono sur. Hoy en día ese antaño señorial hotel está convertido en un edificio de apartamentos, cuyos inquilinos no tienen ningún empacho en usar las ventanas que ven a la Plaza Independencia, la principal no sólo de la ciudad sino de la nación, como tendedero –decadencia muy parecida a la de Santa María en *Dejemos hablar al viento*. A ello habría que agregar que en todos los barrios de la ciudad bastantes construcciones –tanto habitacionales como de negocios– lucen completamente abandonadas, lo cual habla de una diáspora de montevidianos semejante a la de sanmarianos. Pero queda algo que Montevideo jamás perderá.

Un escenario recurrente en la narrativa onettiana es la rambla, la avenida que recorre la costa de Montevideo a lo largo de veintidós kilómetros y muestra la manera en que el vastísimo río maternalmente sirve de nido, de cuna, a la urbe, en especial a la Ciudad Vieja, ahí donde atracaron los barcos de los pioneros, se oficiaron las primeras misas, se delimitaron los solares de los fundadores y ubicaron su punto de partida los nuevos destinos. La rambla montevidiana –que cada tanto cambia de nombre, pero jamás deja de contemplar y acompañar al río– ofrece las mejores vistas del Río de la Plata, el más ancho del mundo, con más de doscientos veinte kilómetros en su parte más dilatada.

Quien ignore que se trata de un río fácilmente creará que se encuentra al borde del Atlántico, pues las aguas abarcan toda la mirada y las olas rompen a los pies. Durante la travesía entre Montevideo y Buenos Aires en varios momentos la tierra desaparece de la vista y se tiene la impresión de navegar en mar abierto; pero esa sensación también se experimenta en varios puntos de la costanera: el caudaloso río se convierte en un mar cuya línea final de tan azul se confunde con el horizonte, un mar que con la complicidad del Sol, el viento y las nubes metro a metro adquiere colores que un océano difícilmente mostraría: sepia, café oscuro, negro con vestigios de ocre, sin que falten el azul y todos los maridajes imaginables del verde con el café.

Cualquier oriental dice a quienes visitan su tierra que Uruguay tiene un clima muy inestable, debido a que dos corrientes opuestas de aire se encuentran, materialmente chocan justo encima de su territorio: la gélida que proviene de la Antártida y una cálida proveniente de Brasil. La Santa María ideada por Juan María Brausen (ese “padre Brausen que estás en la nada”) no es sino una atmósfera donde conviven los más encontrados climas humanos. La obra de Juan Carlos Onetti viene a ser el desesperanzado relato, la desencantada saga de las transformaciones del omnipresente y lodoso río en las almas (recuérdese que su primer libro, *El pozo*, obedece al deseo de “escribir la historia de un alma”) de los sanmarianos y –en la otra banda de la escritura– de sus lectores. •

ÓSCAR MATA es profesor-investigador de la UAM Azcapotzalco, en la División de Ciencias Sociales y Humanidades. Ha publicado diversos libros de poesía.